

SI ME LO CREO ME VA BIEN Y SI ME LO INVENTO
ME VA MEJOR. EL LOGOS DE LA SUPERSTICIÓN

Santiago Sánchez-Migallón Jiménez
Departamento de filosofía

“La superstición trae mala suerte”
Umberto Eco

“La superstición es la religión de las mentes débiles”
Edmund Burke

“La superstición en que fuimos educados conserva su poder
sobre nosotros aun cuando llegemos a no creer en ella”
Gotthold E. Lessing

EL REENCANTAMIENTO DEL MUNDO

El sociólogo alemán Max Weber popularizó la expresión “*entzauberung der welt*”¹ tras la publicación póstuma de 1921 de su obra *Estudios sobre sociología de la religión*. Con ella pretendía referirse a la progresiva pérdida de legitimidad de las explicaciones míticas de la realidad a favor de una progresiva intelectualización. Con la Modernidad los grandes relatos que explicaban la realidad a partir de elementos sobrenaturales pierden la partida ante los espectaculares logros de la Revolución Científica. El pensamiento ilustrado se posiciona como enemigo declarado del mito y la superstición, entendiéndolos como residuos de una época

¹ “Desencantamiento del mundo” o también “pérdida de magia” o “desembrujo”. En la línea del planteamiento de Weber también valdría “salida o ruptura del hechizo”.

pasada. La Ilustración, en su pretensión de sacar a la humanidad de la oscuridad del Medievo, en su idea de que mediante el correcto uso de la razón según las reglas cartesianas [Descartes y Kant, 2006] y la ciencia podremos construir un mundo mejor, entenderá la superstición como el pseudosaber propio de un estadio a superar de la historia de la humanidad. Brujería y superstición se asocian a barbarie y primitivismo, a la creencia dispersa de pueblos salvajes e ignorantes.

Sin embargo, no hace falta irse a los discursos del fin de la Modernidad [Lyotard: 99-119] para descubrir la dificultad, y quizá la ingenuidad, de este planteamiento. La filosofía ilustrada parte de la concepción lineal del tiempo creada por el pensamiento cristiano [Agustín: 305-323]. Para poder situar en ella su idea de progreso, necesitaban un tiempo que pudiera tener etapas cualitativamente diferentes, por lo que el tiempo cíclico de la mentalidad griega no les valía. Si el presente se va a repetir continuamente en un eterno retorno de lo idéntico, no tiene sentido intentar cambiar nada. La revolución moderna debía romper con toda la cosmología antigua, pero, al hacerlo olvidará parte de su verdad. El tiempo natural, el tiempo biológico o el tiempo de nuestra vida cotidiana es cíclico (o, como mínimo, tiene una parte cíclica). Pero, y lo que es más importante, el tiempo generacional es también cíclico. Cada nueva generación se encuentra en idéntica situación que la anterior. La cultura que se hereda ha de ser transmitida de nuevo cada vez, por lo que el proyecto educador ilustrado ha de repetirse constantemente. Cada nueva generación exige una nueva re-ilustración.

Este proceso educador no sólo se enfrenta a la ignorancia previa en su sentido clásico. No se trata de llenar la *tabula rasa* de cada generación. Nuevas formas de barbarie, viejas fórmulas que se repiten con nuevos ropajes hacen su acto de aparición y se engarzan en las mentes de los educandos a

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

modo de prejuicios y preconcepciones. La “edad supersticiosa” no es algo que haya quedado atrás para siempre, vencida en los aledaños del siglo XIX, sino que se repite, vuelve cada año nuevo, a veces mutada como la gripe, pero siempre esencialmente la misma. El mundo se “reencanta” y se “desencanta” constantemente como si en él reinara el logos dialéctico de Heráclito. Por eso se hace necesario entender la lógica del hechizo, las reglas que se ocultan detrás del encantamiento. Es lo que pretendemos con este breve ensayo.

DEFINIENDO MAGIA Y SUPERSTICIÓN

La palabra superstición proviene del latín *estare* acompañado del prefijo *super*, significando literalmente “permanecer o estar sobre”, cuyo sentido está estrechamente entrelazado con la traducción latina del griego *ousía*. Para un heleno *ousía* significa tanto “esencia” como “permanencia”. Así, *ousía* va ligado a términos como “fortuna”, “hacienda” o “bienes”. Aquello que es esencial es lo que permanece en el caprichoso fluir del tiempo. Mi hacienda no sería esencial si la perdiera y la recobrar a cada momento. Lo efímero será lo opuesto a lo esencial. Siguiendo estos matices semánticos, los pensadores latinos tradujeron esencia como *substantia*: aquello “que está por debajo”, aquello que “subyace tras el cambio”. Y esta es la significación que hay detrás de la palabra superstición en su sentido etimológico. Según Cicerón [Cicerón: II, 72]:

Se llama supersticiosos a quienes rezan u ofrecen sacrificios todos los días para que sus hijos les sobrevivan.

Los que rezan u ofrecen sacrificios buscan un cierto tipo de permanencia. En este caso, a modo de linaje: buscando que sus hijos sobrevivan de modo que su estirpe no muera con ellos. Entendido de esta forma, superstición y religión no se diferenciarían o, a lo sumo, el *supersticiosus* sería un tipo de



La extracción de la piedra de la locura del Bosco (1475-1480). Esta obra denuncia con gran belleza una de las supersticiones más populares del Medioevo: la de que la locura consistía en una piedra alojada en nuestro cerebro y que podía curarse mediante una operación quirúrgica. El cirujano, eso sí, realizaba la operación a cambio de un estipendio pactado. Ganar dinero con la superstición no es un invento de nuestra época.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

hombre de religión, un fervoroso creyente. Sin embargo, ya el mismo Cicerón, comprende la superstición como un modo desordenado y superfluo de religión. Si nos vamos al origen etimológico de religión, viene de *re-legere* que significa “re-ordenar”, lo cual expresa muy bien las intenciones de los Padres de la Iglesia de racionalizar sus creencias y diferenciarlas de los cultos paganos. Todo lo que no sea cristianismo, será tachado de supersticioso en este sentido. El mismo Tomás de Aquino definirá superstición como toda creencia sobrenatural que no sea cristiana e incluso la ligará a la manifestación del mismo diablo. La superstición será la falsa religión que el diablo quiere hacer pasar por verdadera.

En el siglo III, Lactancio dará un nuevo giro al origen etimológico de religión como *re-ligare* reforzando más la diferencia con la superstición [Schmitt]. El Cristianismo no es sólo una creencia más ordenada que la superstición sino que además, viene a significar una “nueva alianza”, un pacto con Dios del que carecen los cultos paganos. El mismo Lactancio se referirá como supersticiosos a los rituales de la religión doméstica romana: el culto a los antepasados. El supersticioso no sólo pretende que sus hijos sobrevivan sino que también quiere lo mismo de sus antecesores y por ello les rinde culto. La noción de superstición entendida como toda forma falsa de religiosidad se extendió pronto. El mismo Agustín de Hipona, relacionará superstición con idolatría. Será supersticioso aquel que adore falsos dioses, sean cuales sean y se adoren como se adoren. Es curiosa la sentencia de Jeremías acerca de los rituales paganos (10, 3-5):

Porque las costumbres de los gentiles son vanidad: un madero de bosque, obra de manos del maestro que con el hacha lo cortó, con plata y oro lo embelleció, con clavos y a martillazos se lo sujeta para que no se menee. Son como espantajos de pepinar, que ni hablan. Tienen que ser transportados, porque no andan. No les tengáis miedo, que no hacen ni bien ni mal.

Jeremías tendrá en mente los ídolos mesopotámicos pero su afirmación bien podría aplicarse a todo el arte griego [Gombrich: 84]. Esta guerra entre religiones entablada ya desde los mismos orígenes del Cristianismo bien pudo tener mucho que ver con la destrucción de gran parte del arte clásico. Estos “espantajos de pepinar” creados por Fidias o Praxíteles, bien habían de ser destruidos por ser falsos ídolos. Así, entre las mismas religiones se acusarán mutuamente de supersticiosos. Los judíos, al no creer que Cristo sea el Mesías, practican rituales necesariamente supersticiosos. Pero como veremos más adelante, a pesar de los múltiples intentos de separación, la religión y la superstición seguirán yendo de la mano durante toda su historia. Si nos vamos al origen etimológico de magia, vemos su relación con el de superstición. Magia viene del persa *magush*, que contiene la raíz *magh*, cuyo significado es “ser capaz” o “tener poder de”. De este modo, tanto la magia como la superstición expresan un cierto “poder hacer algo”. El mago es alguien que mediante una acción determinada (o evitando hacerla) consigue algo valioso (en la superstición, como defendía Cicerón, la supervivencia en el tiempo nada menos). Sin embargo, así definido, el mago no sería alguien especial pues todo el mundo consigue cosas valiosas con sus acciones. ¿Qué tiene entonces de especial la magia? Que la magia consigue cosas valiosas *saltándose los cauces naturales de acción*. Dicho de otro modo, el mago hace una especie de “trampa”, “coge un atajo” para conseguir cosas que de otro modo sería mucho más difícil. La superstición va anclada en la creencia en que, precisamente, esas “trampas” o “atajos” son posibles. La superstición va anclada a una determinada interpretación de la realidad, a un modo diferente de entender el mundo: lo sobrenatural.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

LA APERTURA AL MUNDO DE LO SOBRENATURAL

La perspectiva naturalista es la que habitualmente utilizamos para movernos en nuestro mundo cotidiano. Si voy caminando por mi casa y tropiezo con un jarrón, suelo dar “explicaciones naturales” a este suceso. Me caí porque iba distraído y tropecé. En esta explicación no hay nada raro, nada que se salga del orden natural, normal de las cosas. Sin embargo, podría darse el caso de que ocurrieran eventos que no siguen ese orden natural. Si cuando tropiezo con el jarrón, éste no cae al suelo sino que se eleva y comienza a levitar, diremos que estamos ante un fenómeno “sobrenatural” o “paranormal”: ha ocurrido algo extraño, diferente a lo que estoy acostumbrado a ver.

La diferenciación entre natural y sobrenatural es harto difícil y ha atravesado gran parte de la historia de la filosofía sin una solución clara. Si, como hemos hecho, definimos “sobrenatural” como aquello que no sigue el orden natural de las cosas que acostumbro a observar, gran parte de las cosas que ocurren en nuestro día a día podrían ser tildadas de sobrenaturales. El hecho de que me toque la lotería o de encontrarme, por casualidad, con alguien al que no veía en años, podrían ser eventos sobrenaturales. Hay que restringir más nuestra definición. Desde el paradigma científico actual, podríamos entender como sobrenatural aquello que viola las leyes físicas que nuestro paradigma da como válidas al ser ampliamente verificadas por la experiencia. Efectivamente, si nuestro jarrón se pone a levitar estará violando la ley de gravitación universal de Newton, por lo que podremos considerar la levitación como un fenómeno sobrenatural en toda regla. Utilizaremos a partir de ahora esta definición por ser la mejor disponible si bien encontramos en ella las mismas limitaciones, aunque más sutiles. Si nos vamos al mundo cuántico podemos observar que allí se violan constantemente las leyes de la física newtoniana que se cumplen en nuestro

mundo “a escala humana”. ¿Son fenómenos paranormales el efecto túnel, el principio de incertidumbre o la paradoja EPR? Del mismo modo, cuando reinaba el paradigma aristotélico, todos los descubrimientos que contribuyeron a derrumbarlo serían considerados como sobrenaturales. Las observaciones lunares de Galileo serían un ejemplo claro de suceso paranormal. La luna tiene cráteres y montañas cuando la filosofía aristotélica nos dice que ha de ser una esfera sin imperfección alguna, lisa y plana como una bola de billar. Las afirmaciones del pisanero derrumban nuestro modo natural de entender el mundo ¿Es Galileo un mago? Sin querernos detener más en arduas disquisiciones de filosofía de la ciencia, utilizaremos esta definición ya que, a pesar de estas dificultades, será válida para la mayoría de los casos y nos permitirá diferenciar con bastante claridad prácticamente todos los sucesos que consideraríamos tradicionalmente como supersticiones.

Entonces, el supersticioso está abierto a lo sobrenatural, es decir, está abierto a buscar explicaciones sobrenaturales a los sucesos. En el caso de la caída del jarrón, el supersticioso estará abierto a una explicación paralela o sustitutoria de la ley de la gravedad. Pero, ¿por qué habría de estar abierto a otro tipo de explicación? Aquí volvemos a nuestra inicial definición etimológica de magia como “poder hacer algo”. La explicación supersticiosa irá ligada a ese “poder hacer algo” mediante un “atajo”. Con la ley de la gravedad no podemos hacer nada más que obedecerla. Los objetos caen atraídos por la masa de la tierra, no hay más discusión. Yo no puedo hacer nada por evitarlo. Sin embargo, la explicación supersticiosa sí que me permite “romper las reglas”. Una interpretación supersticiosa de la realidad me da mucho más control sobre la realidad que una interpretación naturalista.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

LA SUPERSTICIÓN COMO CONTROL Y COMO PODER SOCIAL

Multitud de estudios demuestran la existencia de lo que se denomina *ilusión de control*. Las personas tenemos una tendencia a pensar que tenemos una mayor influencia en los acontecimientos de la que realmente tenemos. El psicólogo Albert Bandura [Bandura, 1989: 1177] demostraba que tendemos a hacer una autoevaluación exageradamente optimista de nuestras propias capacidades. Creemos que nuestras destrezas para interactuar con la realidad son mucho mejores que lo que realmente son, es decir, controlan la realidad mejor de lo que verdaderamente la controlan. Otros estudios [Allan & Jenkins, Langer] refuerzan esta tesis. Por ejemplo, al jugar al *craps* en los casinos, cuando los jugadores necesitan una puntuación baja, tiran los dados con mucha menos fuerza que cuando necesitan una puntuación alta. En su mente, está asociada de manera ilógica la potencia de la tirada con la puntuación a conseguir, pensando además que controlando esa fuerza podemos influir en los resultados de los dados.

Tanto Bandura como Taylor y Brown [Taylor & Brown] consideran que esta forma de autoengaño tiene finalidades adaptativas. Hay evidencias que indican que las ilusiones de control son más comunes en individuos sanos que en deprimidos. De este modo, la ilusión de control es una consecuencia de una cierta seguridad en uno mismo, de una autoconfianza que supondría una ventaja en términos evolutivos. Pero, ¿no sería adaptativamente poco rentable tener una percepción distorsionada de nuestro control sobre la realidad? Si yo sobrestimo mis habilidades, ¿no me llevará ello a cometer más errores que si tengo una percepción precisa de ellas? No necesariamente dirá Bandura. En casos en que los márgenes de error son muy estrechos y las consecuencias de errar sean muy perjudiciales para el

individuo, éste afina mucho más la autopercepción de sus destrezas [Bandura, 1997: 71]. El instinto de supervivencia se antepone, cuando es necesario, a la distorsión positiva de las propias habilidades. La explicación funcionalista de la ilusión de control quedaría explicada: tener una percepción muy optimista de mis capacidades me hace ser atrevido, valiente, emprendedor, pero no lo suficiente para ser temerario.

Del mismo modo podemos explicar la superstición. La tendencia a creer que tengo un control mayor sobre la naturaleza que el que realmente tengo se expresa teóricamente en la creencia real, más o menos precisada, en que puedo hacerlo. Si tirar los dados con más o menos fuerza para variar la puntuación es una creencia inconsciente que, al hacerse patente, se desecha inmediatamente, la superstición consiste precisamente en no desechar ese hacerse patente. La superstición es la teoría que apoya esa falsa creencia que, en principio, es inconsciente. La superstición me diría que tirar más fuerte los dados hace realmente que se saque más puntuación debido a unas fuerzas sobrenaturales dadas. Pero la superstición no sólo justificará un mayor poder en la realidad, sino que también aportará razones para un mayor poder en la sociedad.

La magia “hace trampas” con el orden natural de los acontecimientos. Si mi hijo está enfermo y, según el orden natural no hay nada que hacer, se busca poder saltarse este orden. La única solución para salvar al hijo es buscar a un tipo de persona especial, aquella única persona que puede hacer algo, la que tiene el “don”. La importancia, el valor de algo, radica siempre en su escasez y su pertinencia. Algo será tanto más valioso cuanto más difícil de encontrar sea y cuanto más lo necesite de urgencia. Cuando mi hijo está enfermo, la curandera cobra un valor máximo.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

Desde los primeros estudios etnográficos modernos [Malinowski, Frazer] se nos muestra al chamán de la tribu, al mago, como alguien con cierta relevancia a la hora de tomar decisiones. Según Frazer, la superstición es una “hija bastarda” de la ciencia, ya que nace como fruto de la frustración humana ante no poder intervenir en el curso natural de los acontecimientos. Aunque desde el paradigma de los estadios evolutivos etnocéntricos, propio del siglo XIX, Frazer pensaba que la magia era un estadio inferior de religión, propio de pueblos poco desarrollados que acabaría por evolucionar, siguiendo el curso natural de los acontecimientos, hacia las religiones monoteístas y a la ciencia propias del Occidente de su época, lo interesante de su planteamiento (entre muchas otras cosas de este clásico de la antropología) son las relaciones que se establecen entre la magia y el estatus social. En el acontecer de nuestras vidas ocurren muchas cosas que se escapan a nuestro control y nos sentimos frustrados por ello. Sin embargo, de repente, aparecerá una persona que sí puede controlar todo aquello que a nosotros se nos escapa. Esa persona cobra una gran importancia. El chamán siempre estará al lado del jefe de la tribu porque un jefe prudente no puede tomar decisiones sin contar con las fuerzas sobrenaturales que gobiernan por detrás de los acontecimientos.

Siguiendo el mismo esquema, la curandera “maldecida” con el “don” consigue estatus, consigue subir peldaños en el escalafón social. La anciana del pueblo, habitualmente una “vieja loca”, una persona que ocuparía los lugares más bajos de este escalafón, se hace, en un momento determinado, primorosamente valiosa. El deseo de prestigio o estatus social sería una explicación adicional a la existencia de la superstición.

Nos parece ya muy patente la finalidad adaptativa de la superstición. Tener una creencia que me haga suponer un

mayor poder sobre la realidad que el que realmente tengo me hace ser más autoconfiado, más emprendedor que alguien más realista. Además, la tenencia de estos poderes me otorga jerarquía social. Si me lo creo me irá bien, pero si además, me lo invento y convengo a los demás de mi invención, me irá mucho mejor.

EL MAL DE OJO COMO EJEMPLO DE MAGIA Y SUPERSTICIÓN MANCHEGAS

El *mal de ojo* es una de las supersticiones más arraigadas en las localidades manchegas. Como cualquier otra superstición popular tiene múltiples versiones. Aquí nos centraremos en los textos de Naranjo Orovio [Naranjo Orovio], Blázquez [Blázquez: 114-116] y Zaragoza [Zaragoza], que ya nos otorgan información suficiente para elaborar una visión panorámica de los rasgos más generales de esta superstición en Castilla-La Mancha.

El mal de ojo consiste en la creencia en que las personas tienen la capacidad para poder causar mal físico o desgracia en general a otras personas, animales o plantas, simplemente mediante la mirada. El hecho de que con la mirada podamos hacer algo más que ver, implica que estamos ante una creencia sobrenatural. Esta dolencia puede ser producida por cualquier persona y, en ocasiones hasta de manera no intencionada o inconsciente. La causa suele ser la envidia o el asombro ante la belleza o el esplendor de algo, y las víctimas suelen ser los niños, sobre todo si tienen cualidades capaces de despertar esta envidia o asombro: los más sanos y hermosos. De este modo, cualquiera podría quedarse embelesado ante la belleza de un recién nacido y, sin querer, transmitirle mal de ojo o “aojarle”. Los causantes del mal, igual que sus sanadores, suelen ser mujeres, lo cual parece asociarse directamente a que las víctimas suelen ser niños, ya que el cuidado de sus hijos será la ocupación primordial de

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

las madres en los entornos rurales en los que esta creencia está más extendida. La envidia hacia la hermosura de un hijo ajeno es un sentimiento mucho más común en una mujer, más si ya es madre, que en un varón, dedicado fundamentalmente a otros menesteres ajenos a la educación y cuidado de los hijos.

Los síntomas que tendría alguien que sufra de este mal serían dolor de cabeza, mareos, vómitos, expulsión de espuma dulce por la boca, contracciones y somnolencia, si bien casi siempre suelen centrarse en el estómago (en el tradicionalmente llamado corte de digestión). También, en el caso de que la víctima sea un niño, las pestañas se vuelven legañas y se apegotonan (se vuelven “amanojas”) o, en el caso de que sea una mujer, el cabello y los pechos pueden caerse e, incluso, llegar a quedarse estériles. El mal de ojo puede tener consecuencias aún más graves, siendo el “ojo seco” su modalidad más grave, actuando sobre los recién nacidos. Sus síntomas serían puramente externos: palidez de piel y mala apariencia general (tener el rostro “jalbegao” o estar “amaorcaos”), pero desembocarían en la apertura de la cabeza que acabaría por provocarles la muerte.

Para protegerse existen una amplia cantidad de amuletos que varían según la zona geográfica. Enumeraremos aquí los más famosos. Uno de los más comunes es colgar en el cuello del recién nacido fragmentos de textos evangélicos guardados y cosidos a unas fundas decoradas. Aquí se mezclan, como no podía ser de otra manera, religión y superstición. A la creencia en que un no bautizado está más indefenso ante la influencia o posesión del diablo o de algún tipo de espíritu maligno, se une el miedo al aojamiento y, para ambos, se utiliza la misma protección. Otro método será el de llevar colgado en una bolsita un cortezón pequeño de pan. El simbolismo vuelve a ser de nuevo religioso ya que el pan se asocia en los rituales cristianos al cuerpo de Cristo. Llevar el

símbolo de Dios conmigo me otorga protección. Otro amuleto será la todopoderosa cruz de Caravaca, popular talismán que no sólo protege contra el mal de ojo, sino contra, prácticamente, cualquier tipo de mal. En Villacañas de Toledo [Zaragoza: 462] se utiliza asiduamente la “higa alicornio”, un cuernecillo de unos dos o tres centímetros de longitud, fabricado a partir de cuernos mayores de venado, con engarce y anilla, para usarse como colgante. Es interesante la posible simbología fálica utilizada no con significado sexual, sino como elemento de amenaza. Es común en muchas culturas antiguas encontrar estatuas de guerreros con falos enhiestos como símbolo de agresividad. En este caso, esa tesis se refuerza con el hecho de que las higas suelen ser fabricadas por el cuchillero del pueblo. El cuernecillo ha de asustar al mal con la amenaza de agujinearle. Cultura ancestral, religiosidad y superstición se entremezclan en este curioso amuleto.

Los encargados de depositar estos amuletos son habitualmente las personas mayores. Parece otorgárselas una sabiduría especial con respecto a estos temas. La experiencia de su vida se valora como positiva hacia cualquier cosa “misteriosa” y “maléfica”, al mismo tiempo que se subraya la inocencia del niño, carente de toda maldad o de todo poder de intervención sobrenatural. Sólo aquellos que han vivido, aquellos que ya conocen el “poder del mal” y sus consecuencias, han de tratar con él.

La única forma de combatir este mal es recurriendo a las únicas personas capaces de sanarlo: las que tienen el “don”. No conocemos casos de sujetos del género masculino con este poder, siendo siempre mujeres las portadoras (siguiendo, seguramente, la herencia de las brujas [Caro Baroja]). Habitualmente, este poder se hereda de madres a hijas en función de diversas reglas de herencia. En ocasiones, se salta varias generaciones o, en otras, como en Villacañas,

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

transcurre por vía patrilínea [Zaragoza: 463]: las hembras no transmiten el “don” pero lo heredan de sus padres varones. El “don” estará ligado entonces a una serie de familias muy concretas y conocidas en la comunidad por ello. La sanadora con tal poder no suele entenderlo como algo positivo, sino más bien como una maldición o castigo (¿ecos residuales de la idea de pecado original?) que, además, si no es ejercido puede ocasionar desgracias a la propia curandera. El miedo al castigo divino es el que impulsa a ejercer tal práctica. Si bien es cierto que, en la mayoría de los casos, encontramos una alta profesionalización de las curanderas (que, además de curar el mal de ojo tendrán muchos otros poderes), no solemos encontrar en ello una rentable fuente lucrativa. El pago por el servicio será siempre la voluntad, la cual nunca será demasiado cuantiosa. Un entorno de pobreza rodeará usualmente todas estas prácticas.

A pesar de que el “don” vale únicamente para sanar el mal, parecía inevitable encontrarnos con casos de “brujas malas” con gran poder para “enañar”. Tenemos casos documentados de Ana García, ciudadana de Campillo de Ranas en 1655, quien se contaba que hizo enfermar a muchas personas y animales de su pueblo [Blázquez: 114]. Sería extraño que una superstición tan extendida no tuviera una versión oscura.

Para diferenciar el mal de ojo de otra enfermedad curable por “medios normales” se vertía agua en un plato y sobre ella se echaban tres gotas de aceite de un candil. Si las gotas se quedaban arriba y no se sumergían, no existía mal de ojo pues el aceite “no sudaba”. Pero si el aceite no quedaba a flote no nos quedaba otra que llamar a otra hechicera capaz de curar el mal. Tenemos a María Francisca, ciudadana de Oropesa y empleada por la Condesa de Oropesa en 1650, quien curaba a sus damas mediante un sahumero de romero, ruda, pez y azúcar. Las recetas para curarlo varían según la bruja y el

momento. Tenemos emplastos fabricados con canela, clavo, ajengibre, anís y miel, colocados en el estómago del paciente; otras veces hechos con cominos, alucema y una clara de huevo. Si el hechizo afectaba a la cabeza, la pócima constaba de leche de mujer, incienso, romero y una clara de huevo, la que, una vez bien mezclada, se mojaba en una estopa de lino y se colocaba en la frente recitando: “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén, Jesús”. María Jiménez, ciudadana de Villanueva de la Jara en 1695, batía un huevo con aguardiente y unas gotas de vinagre, realizando después la misma operación y rezando la misma letanía. En Villacañas, al contrario, no se utiliza oración alguna sino que se cura por medio de contacto entre el benefactor y el paciente. El primero coge la mano del enfermo o pone la suya sobre la frente para trazar el camino por el cual habrá de salir el mal. Su salida quedará patente cuando la curandera sienta un hormigueo por su brazo o cuando el enojado, en el caso de que sea un niño, comience a llorar, pero en la mayoría de los casos, el mal saldrá en forma de vómito, tras el cual el paciente quedará aliviado y dormido, despertando posteriormente con apetito.

LA “LÓGICA” DEL PENSAMIENTO MÁGICO

La superstición implica una determinada interpretación de la realidad, un determinado modo de explicación causal de los fenómenos. Cuando ocurre cualquier suceso, la superstición se lanza a buscar una explicación. Al carecer de una causa natural (o sin carecer de ella. En comunidades muy supersticiosas se sustituye la explicación racional por la sobrenatural sin que exista la carencia de la primera) y pareciendo una tendencia psicológica del ser humano (una *naturalange*) no poder quedarse sin explicación, se busca otra. Y es que encontrar las causas de los fenómenos es una empresa tamaño difícil. Si nos vamos al primer autor que trató el tema con profundidad, precisamente además en un

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

contexto temático muy similar al nuestro, comprobaremos la complejidad de la causalidad. Según Hume, establecer relaciones causales es la forma que tiene nuestro entendimiento para elaborar conocimientos, desde los supuestos más cotidianos (si llueve me mojo) hasta los saberes más sofisticados (si un cuerpo tiene más masa atraerá hacia sí al que menos tenga). El condicional $p \rightarrow q$ será “el cemento” mediante el que construimos nuestras teorías. Ahora bien, ¿qué es lo que podemos deducir legítimamente de la observación de cualquier fenómeno causal? Cuando observo la causa y el efecto, ¿qué puedo afirmar con certeza de lo que allí he observado de modo que, a partir de ello, pueda ofrecer una explicación aceptable de lo ocurrido? Según Hume, únicamente tres cosas:

- a) Una contigüidad entre el fenómeno causa y el fenómeno efecto. El efecto ocurre siempre después de la causa, le sigue con cercanía en el tiempo. Si acerco la mano al fuego (causa) siento dolor después (efecto).
- b) Una prioridad entre el fenómeno causa y el fenómeno efecto. La causa ocurre siempre antes que el efecto. Acercar la mano al fuego ocurre antes de sentir dolor, y no al contrario.
- c) Una unión constante entre el fenómeno causa y el fenómeno efecto. Habitualmente, hemos comprobado mediante la experiencia que tal causa va siempre acompañado de tal efecto. Acercar la mano al fuego y que duela van siempre juntos. Nunca he acercado la mano al fuego y luego no he sentido dolor.

La clave de la crítica al conocimiento de Hume estará en afirmar que unión constante no es lo mismo que conexión necesaria. Yo sé que el fuego produce dolor en mi mano porque siempre que he puesto la mano en el fuego he sentido dolor, pero no por nada más. Es la experiencia, la costumbre de que las cosas siempre han ocurrido de un mismo modo lo

que me hace inferir que siempre seguirán ocurriendo así. No hay otro modo de conectar las causas con sus efectos porque no podemos deducir legítimamente nada más de la mera observación de cualquier fenómeno causal. ¿No existe ningún modo de encontrar una conexión? ¿No podemos saber, de algún modo, cómo la causa produce el efecto? En palabras del mismo Hume no:

Sin duda alguna, se ha de aceptar que la naturaleza nos ha tenido a gran distancia de todos sus secretos y nos ha proporcionado sólo el conocimiento de algunas cualidades superficiales de los objetos, mientras que nos oculta los poderes y principios de los que depende totalmente el influjo de estos objetos. Nuestros sentidos nos comunican el color, peso, consistencia del pan, pero ni los sentidos ni la razón pueden informarnos de las propiedades que le hacen adecuado como alimento y sostén del cuerpo humano. La vista o el tacto proporcionan cierta idea del movimiento actual de los cuerpos; pero en lo que respecta a aquella maravillosa fuerza o poder que puede mantener a un cuerpo indefinidamente en movimiento local continuo, y que los cuerpos jamás pierden más que cuando la comunican a otros, de ésta no podemos formarnos ni la más remota idea. Pero, a pesar de la ignorancia de los poderes o principio naturales, siempre suponemos, cuando vemos cualidades sensibles iguales, que tienen los mismos poderes ocultos, y esperamos que efectos semejantes a los que hemos experimentado se seguirán de ellas [Hume: 55-56].

El mismo Isaac Newton confesaba, casi avergonzado, que no le era posible hablar nada acerca de la naturaleza de la gravedad. Con una sencilla fórmula, podía explicar todos los movimientos del Universo, podía predecir dónde estaría cualquier planeta en cualquier momento del tiempo, pero no podía decir nada de qué era eso a lo que llamábamos gravedad. Si la costumbre es la única base que establece que yo pueda construir mi conocimiento acerca de la realidad, nada me obstaculiza para establecer relaciones causales basadas en lo sobrenatural. No, podríamos objetar, para que

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

mi explicación sea válida, aunque no pueda ofrecer una explicación de la conexión entre causa y efecto, necesito, al menos, la unión constante. La crítica de Hume no es tan devastadora. Para aceptar mi tesis supersticiosa, necesito que siempre que se dé un efecto, la causa que ocurra antes sea la misma. Para aceptar que las patas de conejo dan buena suerte, aunque no sepa cómo, necesito, siempre que llevo la pata conmigo, tener buena suerte. Sí, la unión constante será un buen criterio (en ciencia es lo que hacen los experimentos) pero tampoco es estrictamente necesario para aceptar algo. Como veremos a continuación, siempre será posible dar nuevas teorías para explicar el porqué del fallo en nuestra predicción (hipótesis *ad hoc*) o incluso ignorarlo (*sesgo de confirmación*).

Una forma más actualizada de entender la dificultad de establecer relaciones causales es una de las consecuencias más radicales de lo que se ha llamado la tesis Duhem-Quine. Tal y como nos la cuentan Sokal y Bricmont:

Las teorías están subdeterminadas por los hechos. El conjunto de todos nuestros datos experimentales es finito. En cambio, nuestras teorías contienen, al menos virtualmente, una infinidad de previsiones empíricas. Por ejemplo, la mecánica newtoniana describe, no sólo cómo se desplazan los planetas, sino también cómo se desplazaría un satélite que aún no ha sido lanzado. ¿Cómo es posible pasar de un conjunto finito de datos a un conjunto potencialmente infinito de aserciones? O, más exactamente, ¿existe un único modo de dar ese paso? Es algo así como preguntar: dado un número finito de puntos, ¿existe una sola curva que pase por todos ellos? Evidentemente, la respuesta es negativa: existe una infinidad de curvas que pasan por cualquier determinado conjunto finito de puntos. De la misma forma, siempre hay un gran número, incluso infinito, de teorías compatibles con los hechos, cualesquiera que éstos sean y cualquiera que sea su número [Sokal & Bricmont: 80-81]

Aceptando esta controvertida tesis, si tenemos un suceso, hay un número potencialmente infinito de teorías que podrían estar de acuerdo con los hechos en él acaecidos. Por ejemplo, tenemos el suceso siguiente:

Mi hijo se ha despertado con vómitos, mareos y dolor de estómago.

Tenemos tres efectos que le ocurren a mi hijo y tenemos que buscar una explicación. Podríamos recurrir a las siguientes:

A: Una bacteria le está produciendo gastroenteritis.

B: A mi hijo le han echado mal de ojo.

C: A mi hijo le han abducido unos extraterrestres.

Lo que nos viene a decir la subdeterminación de Duhem-Quine es que, si no tenemos más información, no tenemos razones sólidas para desechar las hipótesis B y C. Concuerdan con los hechos igual que A. La hipótesis B concuerda con los hechos ya que los efectos, los vómitos, el mareo y el dolor de estómago, concuerdan con los síntomas del mal de ojo tanto como con los de la gastroenteritis. Incluso la hipótesis C, la más descabellada, podría ser aceptable. Quizá, la noche anterior, unos extraterrestres secuestraron a mi hijo y le introdujeron algo que hoy le está produciendo estos síntomas. ¿Por qué voy a descartar de primeras tal hipótesis si concuerda con los hechos que observo? Vale, pero lo que habría que hacer es buscar nuevos datos que pudieran hacernos descartar alguna de las hipótesis. De acuerdo, pero el problema estribaría en que los nuevos datos pueden volver a reinterpretarse de infinitos modos. Supongamos que aportamos un nuevo dato:

La noche anterior, estuvo con su primo, el cual tiene hoy los mismos síntomas.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

Este suceso que, bien podría corroborar nuestra hipótesis A (su primo le ha contagiado la infección o viceversa) podría, con un poco de imaginación corroborar la B y la C. Para la B podríamos afirmar que alguien tiene mucha envidia a la familia y, más en concreto, a la hermosura de la juventud de sus miembros más pequeños, por lo que ambos han sido “enaojados”. Del mismo modo, los extraterrestres habrían podido abducir a ambos primos, ya que la noche anterior es cuando la nave espacial bajó a la tierra.

Obrando de este modo, no existirá ningún hecho que pueda refutar ninguna de nuestras hipótesis por muy excéntrica que nos parezca. Este modo de actuar, que ya lo denunciaba Popper para la misma ciencia, es lo que denominamos elaborar hipótesis *ad hoc*. Siempre que ocurra un hecho que aparentemente refute nuestra tesis inicial podremos buscar una razón que elimine tal refutación y que salve nuestra tesis. Si continuamos con el ejemplo del hijo enfermo, supongamos que ahora tuviéramos este dato aparentemente concluyente:

El médico le ha dado un medicamento y el niño se encuentra mejor

Podríamos decir que nuestra hipótesis A gana sin lugar a dudas. No, siempre podemos elaborar hipótesis *ad hoc*. Veámoslas para las otras dos apuestas:

B: Realmente, el mal de ojo tiene diversas intensidades. Esta vez, el que le han echado a mi hijo es muy débil y no ha conseguido efectos más graves. Sin embargo, habrá que estar atentos para la próxima vez. Quizá la envidia de quien se lo echó va en aumento y la próxima vez las consecuencias sean fatídicas.

C: Los extraterrestres son muy listos. El organismo de mi hijo se ha defendido contra el microchip que le han introducido provocando unos síntomas muy parecidos a los de una gastroenteritis. Realmente, el tratamiento del médico no ha servido para nada más que para que creamos que no pasa nada. Quizá el médico también esté compinchado...

Si a la posibilidad de realizar infinitas hipótesis ad hoc en base a la subdeterminación de Duhem-Quine le sumamos la imposibilidad de encontrar conexiones entre causas y efectos más sólidas que la fe en que el futuro será como el pasado de Hume, nos quedamos bastante desarmados para refutar cualquier explicación sobrenatural de un hecho. No obstante, nos hemos puesto en lo peor. Hemos llevado la crítica del conocimiento a sus máximas consecuencias. La filosofía de Hume lleva a un duro escepticismo mientras que el holismo semántico de Quine puede derivar muy fácilmente en un relativismo epistémico que igualaría la ciencia moderna al saber del chamán de la tribu. Estos planteamientos son muy radicales y no hay por qué asumirlos. Sólo queríamos mostrar que si en ámbitos de alta racionalidad (grandes pensadores reflexionando sobre el conocimiento más racional disponible) ya nos es difícil diferenciar lo natural de lo sobrenatural, lo racional de lo irracional, en ámbitos donde la racionalidad es mucho menor (la vida cotidiana) la superstición entrará con una enorme facilidad.

Desgraciadamente, en nuestro día a día, la racionalidad no está tan presente como en los libros de Hume. Nuestra conducta no se rige habitualmente por un pormenorizado análisis racional de todas y cada una de las posibilidades de acción, al igual que nuestra forma de pensar, nuestra interpretación de la realidad, suele estar llena de prejuicios, de errores e ideas preconcebidas, de lo que solemos llamar *sesgos cognitivos*. Vayamos al día a día para ver nuestros

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

errores. Si ocurre un evento al que no encuentro una explicación natural clara, ¿qué hago? Me la invento.

Pero la invención no es algo arbitrario. La causa tiene que tener algo que la haga creíble, tiene que estar constituida por elementos cercanos a la visión de la comunidad de sentido del sujeto que la inventa. El recurso más sencillo, más económico, será la correlación *cum hoc, ergo propter hoc*. Algo que pasa a la vez, que ocurre cerca del efecto, se atribuye como causa sin que exista relación lógica (la contigüidad de Hume). Si he enfermado y mi vecina tiene fama de hechicera, me ha echado mal de ojo: su mirada será la causa de mi enfermedad. Sin embargo, sólo con esto no enlazamos la causa con el efecto. Sé que su mirada es la causante de mi enfermedad pero, ¿cómo puede una mirada causar una enfermedad? Aquí se recurre a *fuerzas invisibles*: el poder de la magia, de los astros o de los espíritus. Es interesante que estas fuerzas se definan precisamente por su misterio, por estar parcialmente ocultas, sólo asequibles al mago, al brujo que tiene el conocimiento necesario para controlarlas. De este modo se las blindan contra todo análisis crítico. Precisamente por ser invisibles no podemos demostrar nada en su contra. Lo invisible es irrefutable. Y precisamente de esto nos advertía Hume: si no sabemos las fuerzas que operan detrás de los fenómenos y no hay modo de saberlo (no las podemos percibir mediante la experiencia), no podremos refutar cualquier explicación que se nos dé.

A esta forma de razonar se le llama en lógica informal falacia *ad ignorantiam*: sostener algo porque no se ha demostrado su contrario. Yo creo en el mal de ojo porque nunca nadie ha podido demostrar que sea mentira. Es más, si además mi creencia, por ser sobrenatural, está por encima de toda verificación natural (la única posible), mi creencia se convierte en necesariamente irrefutable. No es que nadie la haya refutado aún, es que jamás podrán refutarla. La falacia

de este razonamiento se hace patente enseguida. De primeras, de la ignorancia no puedo afirmar ni negar nada. De que nadie haya probado que el mal de ojo no sea falso no puedo inferir que sea verdadero, no puedo inferir nada. Y en segundo lugar, la *carga de la prueba*, la demostración de lo que se sostiene, es para quien afirma y no para quien niega. No sería lógico llegar y afirmar que “en un planeta de la constelación de Andrómeda existen unicornios rosas” y obligar al otro a que acepte esa tesis si no puede demostrar que es falsa. Si este *modus operandi* fuera aceptable, nos pasaríamos la vida intentando desmontar cualquier estupidez que se le ocurriera a cualquiera y como las posibilidades de crear hipótesis descabelladas son infinitas, su refutación sería una labor eterna. Y es que existe un prejuicio muy usual en nuestra forma de pensar que refuerza la creencia en la superstición: *creer que algo es verdadero porque es irrefutable*. Los supersticiosos nos retan constantemente a que demostremos que cualquier superstición es falsa, constantemente se apoyan en que no hemos podido refutar taxativamente sus creencias. No, que algo sea irrefutable no implica que sea verdadero. La existencia de unicornios rosas en Andrómeda es irrefutable, pero no por ello cierta. La forma de actuar racional es: *basta con no tener razones para creer en algo para no creerlo*. No hay razón alguna para creer en los unicornios rosas, por lo tanto, no se cree.

Otro poderoso blindaje contra cualquier objeción será lo que en psicología se denomina *sesgo de confirmación*. Consiste en sólo hacer caso a los hechos que confirmen mi tesis, ignorando de forma más o menos consciente los que la niegan. En el ejemplo del niño enfermo, si mi hijo enferma diez veces con los mismos síntomas y en nueve el médico lo ha curado pero en una éste no pudo y fue la curandera con el “don” la que lo hizo en esa ocasión, nuestro sesgo de confirmación nos hará estar ciegos ante los nueve casos que negarían el mal del ojo, aceptando nuestro único caso

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

confirmador. Otra forma de llamar a lo mismo es cuando hablamos de *percepción selectiva*: no sólo pienso lo que me interesa pensar, sino que percibo, presto atención sólo a lo que confirma mi creencia. El *sesgo de disconformidad* hará el resto: se trata de analizar con mucho énfasis los hechos que niegan nuestra tesis mientras que se es mucho menos cauteloso con los que la afirman. Puedo llegar a dudar de la ciencia del médico, pero nunca de las artes mágicas de la curandera. Además, por si quedaba alguna duda, esto se refuerza con que solemos prestar mucha más atención a los eventos extraordinarios que a los ordinarios. Que un médico cure una gastroenteritis a mi hijo no es un hecho que merezca mucha atención, pero que una curandera salve a mi hijo del “mal de ojo” es algo mucho más jugoso para contar a los demás.

¿Quién inventa las supersticiones? ¿Cuándo aparecen? Como todo pseudosaber de carácter mítico, cualquier superstición se pierde en el tiempo, se desvanece ante los atónitos ojos del minucioso historiador. Es evidente que tuvieron que tener un comienzo, un nacimiento, pero, al constituirse como creencias de carácter oral, es imposible saberlo con certeza. Las supersticiones no tienen un autor concreto, no las firma nadie, sino que son el fruto de un autor colectivo: el paso de boca en boca de generación tras generación. Cada persona que traslada el mensaje lo cambia, lo enriquece, de modo que siempre tenemos diversas versiones de cada superstición, detalles que han cambiado, diferentes pócimas y oraciones para curar el mal de ojo. La superstición no está escrita en ningún sitio, no tiene el nombre de su creador, y esto constituye un nuevo blindaje contra la razón. En el mundo de la ciencia, cada teoría tiene un autor de modo que siempre podemos ir y pedirle cuentas, pedirle justificaciones de lo que dice. Sin embargo, cuando no hay autor, no hay forma de verificar nada. ¿A quién le preguntamos para informarnos de si lo que se dice es

verdadero? ¿A quién le decimos: demuéstreme que eso es verdadero? Al ser una creencia colectiva, la superstición se hace intangible, se hace irrefutable.

EL DEBER DE RE-ILUSTRAR

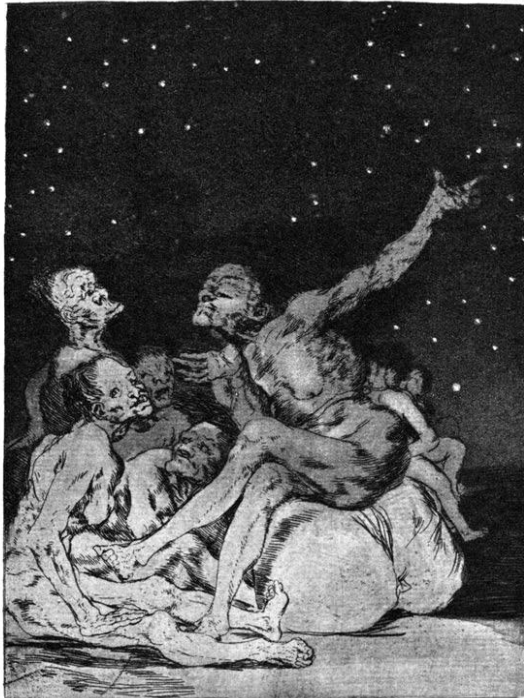
Si en una clase cualquiera de Bachillerato se pregunta si alguien cree en cualquier tipo de superstición, aproximadamente entre la mitad y un cuarto del alumnado responderá afirmativamente. Los otros tres cuartos o la mitad restantes, adoptarán una actitud que podríamos denominar como agnóstica: ni creerán ni dejarán de creer (la postura menos asertiva suele ser mayoritaria, no sólo en este tema sino en cualquier otro, lo cual no deja de ser inquietante). Solamente dos o tres alumnos del total manifestarán una actitud plenamente escéptica o descreída. El grupo agnóstico, a su vez, aunque sostenga su indecisión, mantendrá un profundo respeto a lo sobrenatural, lo que en la práctica, hará que se comporte de modo muy parecido al creyente en lo sobrenatural ante cualquier fenómeno aparentemente inexplicable. El grupo agnóstico estaría mucho más cerca del grupo creyente que del grupo escéptico. Haciendo el cómputo, menos de un diez por ciento de los alumnos de Bachillerato actuarían de un modo escéptico. Muy pocos descartarían de primeras la presencia de un fantasma en su casa después de escuchar sonidos extraños en una habitación.

En 2005 se hizo una encuesta a 1.000 adultos norteamericanos. El 73% de ellos afirmaba creer, al menos, en un fenómeno sobrenatural. En percepciones extrasensoriales creía el 41%. En casas encantadas, el 37%. En fantasmas, el 32%. En telepatía, el 31%. En la clarividencia, el 26%. En la posibilidad de comunicarse con

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

los muertos, el 21%. Etc.² Y la culpa de ello, aparte de que tanto la sociedad como el sistema educativo actual no parecen ser demasiado conscientes de este hecho y de su importancia y, por lo tanto, no se arma a los jóvenes contra ello, estaría en algo más profundo. Como subraya el psicólogo experimental de la Universidad de Bristol, Bruce Hood, la superstición es una forma habitual de funcionar de nuestro cerebro [Hood]. La causa del pensamiento mágico no radicaría únicamente en unas creencias falsas transmitidas, sino en algo más profundo: la naturaleza de nuestro cerebro. Según Hood nuestro cerebro tiene un “supersentido”, un sistema encargado de buscar constantemente dar sentido a lo que no tiene. El ejemplo está en cómo tendemos a buscar caras o formas reconocibles en las nubes o en manchas en la pared. Este afán de búsqueda funciona de modo intuitivo, por debajo de nuestra consciencia racional, y establece relaciones que, como ya hemos visto, desobedecen la lógica. Pero, precisamente, en esa inconsciencia es en donde reside nuestra incapacidad de luchar contra ellas. Este “supersentido” se desarrollaría en la infancia (cuando el niño vive en un mundo egocéntrico y animista, es decir, mágico por antonomasia) y sería esencial para el desarrollo del individuo ya que constituye nuestra primera forma de comprender el mundo. Es por eso que, según Hood, una educación científica no es suficiente para erradicarlas por completo.

² http://www.tendencias21.net/Creer-en-lo-sobrenatural-es-una-caracteristica-comun-a-todos-los-seres-humanos_a3314.htm (12-02-2010).



Si amanece ; nos Vamos.

En los *Caprichos* de Goya (1799) se deja traslucir su espíritu ilustrado. La realidad está llena de tétricos fantasmas, de seres deformes que representan el oscurantismo medieval en el que se encuentra la España del siglo XVIII. En este en concreto, se utiliza la comparación de la luz del amanecer con la luz del *Siècle des lumières* francés. Si a España llega, al fin, la luz de la Modernidad, llegará un nuevo amanecer.

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

Tanto la ignorancia como la falsa creencia son peligrosas. No conocer nos lleva a una postura pasiva, incapaz de realizar ningún proyecto ya que no puede controlar ni predecir cualquier acción futura, e incapaz también de hacer frente a cualquier imprevisto, a cualquier emergencia que surgiera en un momento dado. Un individuo o una sociedad ignorantes estarán a merced de los acontecimientos. La falsa creencia, en cambio, es activa, nos lleva a realizar proyectos y quizá aquí radica su mayor peligrosidad. El ignorante no hace nada, pero el supersticioso se lanza a manejar un mundo que cree controlar. Veamos el ejemplo que Sokal nos ofrece en su celeberrimo *Imposturas intelectuales*:

Meera Nanda, una bioquímica india que ha militado en los movimientos de "ciencia para el pueblo" en la India y que actualmente estudia sociología de la ciencia en los Estados Unidos, relata la siguiente historia a propósito de supersticiones tradicionales védicas que rigen la construcción de los edificios sagrados y que están destinadas a potenciar al máximo la "energía positiva". A un político indio que estaba metido en grandes dificultades le advirtieron

que sus dificultades desaparecerían si entraba en su oficina, por una puerta orientada hacia oriente. Sin embargo, aquel acceso estaba bloqueado por un barrio de chabolas y era imposible atravesarlo en automóvil. De ahí que ordenara la demolición del barrio.

Si a la falsa creencia le otorgamos poder político, la tragedia no tardará en llegar. Es por eso que, a pesar de que la superstición pueda estar insertada en nuestro código genético o que el proyecto ilustrado resultó ser utópico o ingenuo, es nuestro deber continuarlo. Estamos en un momento muy diferente a los albores de la Modernidad. Ya no vivimos en la Europa de Diderot y D'Alembert, no estamos en el momento de la emancipación de las primeras democracias o de las primeras cartas de derechos humanos. En las sociedades

occidentales del siglo XXI vivimos un momento muy diferente: el agotamiento de este mismo modelo. Es por ello que, en palabras de filósofo búlgaro Zvetan Todorov:

Si en la actualidad queremos apoyarnos en el pensamiento de la Ilustración para enfrentarnos a nuestras dificultades, no podemos asumir tal cual todas las proposiciones formuladas en el siglo XVIII, no sólo porque el mundo ha cambiado, sino también porque ese pensamiento no es uno, sino múltiple. Lo que necesitamos es más bien refundamentar la Ilustración, preservar la herencia del pasado pero someténdola a crítica y confrontándola lúcidamente con sus consecuencias, tanto las deseables como las no deseadas. De este modo no corremos el riesgo de traicionar la Ilustración, sino todo lo contrario: al criticarla, nos mantenemos fieles a ella y ponemos en práctica sus enseñanzas [Todorov: 25]

Siendo el fomento del espíritu crítico la mejor herencia ilustrada, será la base sobre la que edificar nuevos modelos educativos y será la mejor herramienta para combatir la superstición. A pesar de la necesaria revisión de la Modernidad, el ideal kantiano sigue teniendo la misma prevalencia que cuando se formuló:

Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. *Uno mismo* es el culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía del de algún otro. *Sapere aude!* ¡Ten valor para servirse de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración [Kant, 2004: 83].

Si me lo creo me va bien y si me lo invento me va mejor

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTÍN [1999]: *Confesiones*. Madrid, Alianza.
- ALLAN, L. G. & JENKINS, H. M. [1980]: *The judgment of contingency and the nature of the response alternatives*. *Canadian Journal of Psychology*, 34, 1-11.
- BANDURA, A. [1989]: *Human Agency in Social Cognitive Theory*. *American Psychologist*, 44(9), 1175-1184.
- [1997]: *Self-efficacy: The exercise of control*. New York, W.H. Freeman and Company.
- BLÁZQUEZ MIGUEL, J. [1985]: *Hechicería y superstición en Castilla-La Mancha*. Toledo, JCCM.
- CARO BAROJA, J. [1997]: *Las brujas y su mundo*. Madrid, Alianza.
- CICERÓN, M. T. [1999]: *Sobre la naturaleza de los dioses*. Madrid, Gredos.
- DESCARTES, R. [2002]: *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*. Barcelona, Planeta-De Agostini.
- FRAZER, J. G. [2006]: *La rama dorada*. México, FCE
- GILOVICH, T. [2009]: *Convencidos pero equivocados*. Barcelona, Milrazones.
- GOMBRICH, E. H. [1997]: *La historia del arte*. Nueva York, Phaidon.
- HOOD, B. [2009]: *Supersense: why we believe in the unbelievable*. Nueva York, Harperone
- HUME, D. [1995]: *Investigación sobre el conocimiento humano*. Madrid, Alianza.
- KANT, I. [2006]: *Cómo orientarse en el pensamiento*. Buenos Aires, Quadrata.
- [2004]: *¿Qué es la Ilustración?* Madrid, Alianza.
- LANGER, E. J. [1975]: *The Illusion of Control*. *Journal of Personality and Social Psychology* 32 (2), 311-328.
- LYOTARD, J. [1998]: *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra.

- MALINOWSKI, B. [1994]: *Magia, ciencia y religión*. Barcelona, Ariel.
- NARANJO OROVO, C. [1982]: “El mal de ojo”, *Brigantium*, núm. 3. P: 113-116.
- SCHMITT, J. [1992]: *Historia de la superstición*. Barcelona, Crítica.
- SOKAL, A. & BRICMONT, J. [1999]: *Imposturas intelectuales*. Barcelona, Paidós.
- TAYLOR, S. E., & BROWN, J. D. [1988]: *Illusion and Well-Being - a Social Psychological Perspective On Mental-Health*. *Psychological Bulletin*, 103(2), 193-210.
- TODOROV, T. [2008]: *El espíritu de la Ilustración*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- ZARAGOZA, I. [1985]: *III Jornadas de etnografía de Castilla-La Mancha*. Guadalajara. P: 461-468.